

DIVISA DE ANATOLIO

José Rivero Vivas



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

¡Ay! —Respondió Sancho llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.

Cervantes. *Don Quijote*. Segunda Parte. Capítulo LXXIV.

Estoy aprendiendo a estar muerto. No me levanto, sino me paso el tiempo echado en la cama, estirado que da gusto, tratando de consolidar esta postura ideal. No tengo ningún proyecto por delante, ni abrigo perspectiva que ocupe mi sentido. Lo que hago ahora nace de un plan premeditado hace tiempo. Fue grave impresión recibida cierta vez que fui a un entierro. Aunque no lo hubo, en realidad, porque, a mi juicio, lo que no sea ir a la tierra, pierde este significado; se le dio sepultura al cadáver, pero sin introducirlo en la fosa, siguiendo la costumbre ancestral. Creo que por eso me impresionó tanto el entierro de Wenceslao, débil y achacoso, carcomido que estaba ya mucho antes de morir. Aquilino lloró en el velorio del viejo, y yo también lloré viendo llorar a Aquilino. Al día siguiente asistimos al sepelio y lo cargamos a hombros hasta el coche fúnebre, que lo trasladó a la iglesia. Nos miramos, un instante, al llegar, y...

—Es el compromiso final con cualquier ser vivo. Vamos, Anatolio.

Y entramos sin más tútubos.

El cura cantó la misa y, en su oración, tuvo palabras de encomio para el ser que se había ausentado. Luego, dijo su sermón, versado sobre temas en los que difiero de su opinión, y resultó embarazoso; pero resistimos estoicos, contentos de acompañar a Wenceslao en su último viaje. Al cementerio sí fuimos con gus-

to, y anduvimos inspeccionando las tumbas después, leyendo rótulos y recordando personas fallecidas cuando éramos niños. Lo bajamos del coche y lo cargamos por delante hasta el mismo nicho. Advertíamos que detrás se turnaban porque, al fin y al cabo, Wenceslao era un hombre grande y pesaba lo suyo. Pero nosotros queríamos pagarle tributo llevándolo seguido hasta su última morada. Así suele llamarse, aunque para mí que era escondrijo, y lo ocultábamos a la vista de los demás, de nosotros, de todos, pues, cuando la persona acaba, no queremos saber nada más de ella.

Tuvo miga trepar aquellas escalinatas, atravesando patios hasta llegar al lugar preciso. El cementerio está enclavado en la ladera este, donde nadie habitaba hace cosa de unos años, y de pronto se ha visto envuelto por una ciudad bulliciosa cuya superstición respecto de los muertos mueve a risa; pero solidificada en el hacinamiento que forman sus habitantes, debido a sus condiciones de vida, parece como si riera de su propio temor y lanzara al camposanto la burla de su irrespetuosa conducta. Pensarlo me apenaba, por el mal sabor que me suponía dejar al pobre Wenceslao a expensas del escarnio y vituperio de quien no lo conocía siquiera. Pero no había más solución que abandonarlo a su raquílica soledad entre muros, ya que había terminado su estancia entre nosotros.

Wenceslao fue hasta la fin del mundo y luego dio vuelta porque algo faltaba aún para el final que aguardaba. Vino apesadumbrado, triste y mohíno; se había desinflado en el viaje y nada lo consolaba en su tribulación desmedida.

—Cálmate, Wenceslao —solíamos decirle Aquilino y yo, hombres ya, tan quejosos como él, y asimismo tristes y apesadumbrados.

—No tengo de qué calmarme.

—Consuélate entonces.

—¿Cómo?

—Mirándonos.

—Bien tristes me parecís.

—¿Tanta grima rebotamos?

—La que no imagináis.

—Qué exagerado eres, Pedro.

—Me llamo Juan.

—Es igual.

—Para vosotros, que no sabéis de dónde vengo. Para mí no es igual Pedro que Juan.

—Bah. Chifladuras.

Sonreía, pero no se calmaba. No había consuelo posible para la grande cuita que lo embargaba. Se consumía. Se martirizaba. Quedaba extenuado en su presencia inútil, y no mejoraba. No se enmendaba en su yerro terrible y enarbolaba su error como espada y cual bandera. Era otro hombre. Había abierto caminos que no le llevaban a nada y se hundía en su sino abigarrado e incompleto, indagando procederes, fuentes y orígenes que lo encauzaran en la vereda antigua donde el sol resplandecía y las estrellas parpadeaban. Todo era luz entonces, palpitante y peregrina, y echó su barca a la mar en costas de tierra ajena. Desembarcar en puerto extraño fue su desdicha, su gran desgracia, la desventura mayor que lo hincó de rodillas ante su propia figura. Su acendrada curiosidad destruyó su destino y lo llevó a saciar su ignorancia del límite de sus posibles. Cristalino y puro se enzarzó en la propuesta y estuvo andando millas y leguas hasta cansarse sin descubrir su pretensión. Retornó deshecho, roto, quebrado, en trizas convertido y su afán desintegrado; no era hombre ya, sino una ruina en la mar, bamboleándose a la deriva.

—Despierta, Wenceslao —le gritábamos al pasar.

Y él:

—No duermo, chicos. Velo constantemente, porque mi vida no es sueño ni es dormir ni descansar. Me arrullo en este rincón y sobre una piedra, o en tierra dura, apoyo mi cabeza, que está

ya fofa y entumecida de tanto recoger sin emitir. Hago que duermo para no molestar a los demás, que mi vida se ha trocado en un perenne despertar hacia la nada hechicera, hacia la plena oscuridad, hacia clarores ocultos y fuertes aguaceros, que me se-pultan celosos para no mostrar mi aflicción a quien no se le importa de si lloro o me distraigo observando recoleto el brioso desmerecerse del mundo que escuece mis ojos.

Wenceslao descansaba acurrucado sobre sí, ajeno a incomodidad, sin cambiar de postura ni traslucir a ninguno si lo baldaba la noche, si lo acoquinaba el búho, si la luna enloquecida lo requería de amores cuando se quedaba solo, en la madrugada tenue, oyendo aullidos de lobo.

Pobre Wenceslao. Qué pena nos daba. Cómo lo envidiábamos a veces. Cuánto celo pusimos en que nos dijera cosas: nos contara sus hazañas, nos relatara sus cuentos, nos narrara su leyenda, nos recordara su mundo de antes de acercarse al fin y quedara sin historia.

Wenceslao no nos dijo nunca qué motivos lo impulsaron a meterse de narices por allá de la frontera que velaba su destino. Fue. Volvió. Allí estaba. Frío y yerto quedó una tarde. Lo descubrieron los chicos de Dorotea, con la noche casi encima. La piedra sobre la que reposaba su cabeza parecía más blanda que una almohada de plumas; seguro que le tuvo lástima y se compadeció para que su última hora no fuese tan severa y dura.

Los hombres quedaron impresionados. Se quitaban el sombrero al pasar por Wenceslao, que no era Wenceslao porque había volado directamente al final que anhelaba desde su principio y que durante su vida estuvo buscando. Ahora había llegado, de verdad y para siempre. Eterno se hacía en el final, como todos seremos un día, cuando dejemos de existir y sólo seamos frágil recuerdo en la memoria de algún viviente en quien dejemos huella de nuestra esencia difusamente derramada.

A Wenceslao lo atendía Dorotea, su sobrina, y poco podía hacer por él, la mujer, que estaba cargada de chicos y sin sueldo.

¿Qué ofrecía al pobre viejo? Nada, que tampoco él percibía subsidio, por calavera y andariego siendo joven, y no saber adaptarse a las normas de una empresa y someterse a las garras de un patrón que lo explotase. Wenceslao volvió un día, maduro e inclinado ya; trabajó por su cuenta siempre, de albañil, carpintero y electricista. Un hombre mañoso que recorría el barrio barnizando muebles o deshollinando chimeneas. Ganaba su dinero, vivía a sus anchas y no ajustaba cuentas ni con su sombra. Era el tío más libre de todos los contornos.

—Libre. Libre. ¿Te das cuenta, Anatolio? Wenceslao ha sido él más que ninguno de nosotros, con ser más jóvenes y vivir otra época.

Tenía razón Aquilino cuando se maravillaba con Wenceslao, arrugado y consumido, doblado sobre el bastón y sin ganas de hablar, pese a su voz, ronca, pero bien timbrada, de acentos cálicos y lento articular.

Wenceslao no bebía ya siquiera. Nunca fue bebedor pernicioso, aunque en su tiempo molestó lo suyo. Ahora, desarraigado de la vida, se sentaba frente al sol, apoyando su espalda en el muro, y veía transcurrir las horas con serenidad de anacoreta, sin inmutarse por el ir y venir de los más jóvenes, afanados y diligentes para mejorar su estado y conseguir ventajas que disfrutar más tarde, cuando sus años no les permitan dedicarse a su diaria ocupación.

Wenceslao no se inmutaba tampoco, porque de vuelta de todo, nada le impresionaba como para considerarlo con seriedad o ironía, con alegría y humor; así, pues, permanecía impasible, mirando sin ver, recibiendo los rayos solares en pleno rostro, que apenas si alzaba para presentarlo directamente al astro en su cenit, en horas diáfanas y de sumo esplendor.

Un día se le vio apoyado en la pared, cogido al bastón como solía. Extrañó a muchos que Wenceslao continuara sentado después que el sol había tumbado y el rincón estaba lleno de som-

bras que enfriaban su alrededor. Pero nadie echó cuenta pese a que él no contestaba al saludo, y es que Wenceslao apenas emitía sonido para responder a quien le hablaba. Muchos conocían su defecto, y se chanceaban gritándole:

—Wenceslao, ya no te enderezas.

Él sonreía socarrón, circunspecto y cachazudo. De sobra sabía que cuando lo enderezaran sería para la eternidad. Quizá naciera de aquí su intención de encorvarse más cada día; incluso aquel que fue el último suyo, y por eso se le vio con la cabeza casi tocando sus rodillas. Nadie advirtió la verdad hasta después, cuando avanzada la tardecita y casi azules las sombras del crepúsculo, uno de los chicos de Dorotea vino en su busca. El muchacho no llegó hasta él, sino que desde lejos le gritó:

—Abuelo... Abuelo... Que venga ya, hombre.

Y, como obedeciendo a la voz del chiquillo, Wenceslao se movió, para derrumbarse a lo largo del muro. El chico echó a correr chillando destempladamente:

—Madre. Madre. Abuelo está muerto.

Era verdad. Wenceslao estaba muerto, desde hacía buen rato. El médico certificó que aquel corazón, derruido de puro cansado, cesó de palpar en un momento determinando, y la vida se escapó de Wenceslao sin avisarle su huida para siempre jamás.

—Se ha muerto, Anatolio; se ha muerto. ¿Con quién hablamos ahora?

Todavía de cuerpo presente, Aquilino empezó a recordarme charlas sostenidas con Wenceslao, acurrucado allí en el rincón de los viejos, adonde íbamos buscando el calor de su palabra en el entonces que hablaba a quien consideraba digno merecedor de sus evocaciones a medias.

Tiempo después, Aquilino seguía visitando aquel rincón, añorando encontrarse con Wenceslao, que no estaba ya y de él no quedaba ni su sombra, y entristecido buscaba su recuerdo por entre calles y plazas, sin hallarlo por ningún lado; Aquilino

cobraba conciencia de su vano intento y acusaba al mismo aire de injusto y caprichoso, imputándole furioso la raíz de su fracaso. Pero es que Wenceslao era tipo representativo de su medio: un sector de la población que no se distingue, según se aleja, porque carece de virtudes que lo hagan destacar de sí mismo y la masa informe que integra; por eso, quien nace en él, está ya condenado al olvido, reposando en la absoluta ignorancia que refleja su ser.

No obstante, Wenceslao poseía unas cualidades que lo hacían resaltar dondequiera se hallara: tocaba la guitarra y cantaba folías y seguidillas, fandangos y bulerías, tangos y boleros, corridos y huapangos, rumbas y cuecas y pasodobles y cuanto se le pusiera a mano en el orden popular de melodías y cantos de la tierra. Aun así, a Wenceslao no se le ha recordado en ninguna parte: no hay estatuas; no se esculpieron lápidas; no existen fotos ni afiches ni pasquines; no se grabaron discos ni cintas que nos reproduzcan su voz bronca de borracho empedernido y hombre de condición triste, bien que a más de cuatro alegrara con su arte y su embrujo para la diversión. No quedó nada suyo, como tampoco ha quedado de nadie de nuestro medio: mi padre, el tuyo, el de Aquilino...

—¿Te das cuenta, Anatolio? Es su cultura, no la nuestra; es su historia, que nada tiene que ver con la nuestra; es su mundo, que es suyo y lo mangonean. ¿Quién de nuestra clase es recordado? Nadie. Ninguno ha contribuido. Todo lo han construido ellos. Puentes y edificios: arquitectos e ingenieros se llevan la gloria; ninguna gracia para albañiles, mozos y carpinteros...

En este punto intervenía Aparicio y emparentaba a Aquilino con el poeta alemán, del general y el cañón en su poema. Tratábamos de hacerle comprender que desviaba la conversación, pero él, fuerte en sentido político, mostraba sus ansias de montar una clase sobre otra y revolver el orden establecido dando al traste con el sistema. Nosotros estábamos de completo

acuerdo con su teoría; sabíamos que hacía falta, que sigue haciéndonos falta ese sano revolcón para desperezarnos y liberarnos de prolongados milenios en anquilosada postura, sin posibilidad de movimiento y evolución. Pero en aquellos momentos íbamos por otro derrotero: nos interesaba el individuo, no como miembro de un rebaño con derecho a hierba igual que el resto del ganado, sino en cuanto individuo en sí, con valores o sin ellos, testigo y protagonista de los acaeceres de la tierra, y considerábamos injusto y arbitrario que se honrase a unos pocos y se desechase torpemente a los demás.

—¿Por qué, Anatolio, si todos colaboramos en este quehacer cotidiano? ¿Por qué hemos de ignorar la existencia de Wenceslao? ¿No supondría él mejor ejemplo para nuestros hijos que figuras de próceres y magnates, estrellas y celebridades?

No desbarraba Aquilino; pero la historia la disponen unos hombres, que a sí mismos se enaltecen.

Wenceslao pudo llegar lejos de ser manso y claudicar ante los deseos de aquellos ricachones que reclamaban sus servicios de histrión. Lo malo fue que Wenceslao era uno de esos hombres con un orgullo tremendo, nacido quién sabe de dónde, pues sus posibles no le alcanzaban como para rechazar ofertas de poco más o menos que le abrirían camino más tarde, si se lanzaba por el torrente de la fama y el renombre. Wenceslao fue un tipo de aquí te espero, protestón y todo por cuenta de cualquier cosilla que se terciara, y embestía contra la autoridad si lo creía necesario con tal de salvar una criatura pidiendo auxilio. Aquilino era un gran admirador suyo, y a mí también me caía la baba escuchándole recitar ciertas peripecias vividas en tiernos años. Lo lamentable fue que cuando tuvimos edad para acercarnos a él, en son de charla y conversación, el pobre Wenceslao estaba ya caduco, y las más veces trabucaba unas cosas con otras, tartamudeaba, no se le entendía casi, y nunca contestaba directamente; así nuestra curiosidad quedaba colgando en el vacío de

su respuesta sin ser afianzada en unas explicaciones más o menos vagas que acostumbraba darnos al rato de haberle preguntado y cuando estábamos ya casi olvidados.

El día que murió, bien que lo sentimos. Quedó vacío el huequecito que ocupaba en el rincón de los viejos, con la mancha de su sombra proyectada sobre los otros ancianos, sentados al sol para calentar unos huesos que jamás tomarían calor. Una pena enorme surcaba nuestros semblantes al pasar frente a ellos y saludarles con un gesto de la mano. Aquilino apretaba los labios, y ya de largo me decía:

—Wenceslao era el más viejo de todos.